

**Mejor hoy que mañana****[No time like the present]****Nadine Gordimer****Editorial Acantilado, 2013**

Por ANDY DELGADO BLANCO\*

pp. 197-201

¿Cuántos de los ideales enarbolados por los «luchadores por la libertad»,<sup>1</sup> que combatieron el *apartheid*, se han visto colmados con la llegada de la democracia y la abolición de la segregación racial en Sudáfrica? ¿Cuántos de los principios básicos de las democracias liberales resumidos en libertad e igualdad permean las relaciones sociales, políticas y económicas de esa Nación? En ese «ahora» que solo es posible explicar «después» de la vida en la clandestinidad, la lucha encubierta, los campamentos en Angola, las persecuciones que pusieron en peligro sus vidas, las celdas de detención, los asesinatos, las pérdidas personales y colectivas. ¿Cómo asumir los retos representados en los valores democráticos frente a los desmanes y corruptelas cometidos por los llamados a defenderla, esos que compran propiedades con el dinero proveniente de sobornos? ¿Hay esperanzas de que Sudáfrica sea un mundo mejor sin corrupción ni desigualdades? Un mundo que se parezca a aquel por el cual Mandela y tantos otros sufrieron cárcel y persecución. ¿El camino para hacer frente al desencanto y las dudas surgidas una vez conquistada la democracia es la salvación personal, a través de la migración, o quedarse y seguir luchando, con otros medios, por una transformación social equitativa y justa? Estas y otras interrogantes nos las deja la última novela que escribió y publicó a los 90 años, dos antes de su muerte, Nadine Gordimer.

Gordimer además de ser una excepcional escritora, primera mujer africana en ganar el Nobel de literatura, fue una irredomable defensora de los derechos de la población negra de su país. A través de sus palabras y literatura expresó su vocación y beligerancia contra el régimen segregacionista sudafricano, convencida del ideal *camusiano* según el cual un escritor debe ser algo más que un autor y comprometerse con los que sufren y

\* Abogada egresada de la Universidad del Zulia, Magister Scientiarum en Planificación del Desarrollo, mención Política Social. Doctora en Estudios del Desarrollo. Docente-investigadora del Área Desarrollo y Salud, Centro de Estudios del Desarrollo, Cendes-UCV.  
Correo-e: andydelgadob@gmail.com

<sup>1</sup> Esta denominación es utilizada por Mandela con suma frecuencia en su libro: *El largo camino hacia la libertad* (editorial digital Liete, 1994), para referirse a todos aquellos que dedicaron sus esfuerzos a luchar por los derechos de la población negra sudafricana.

padecen la historia.<sup>2</sup> La respuesta gubernamental a sus letras comprometidas fue prohibir algunas de sus novelas, como *La hija de Burger* que tiempo después serviría de compañía a Nelson Mandela en sus largas jornadas de reflexión en la isla de Robben y en la prisión de Pollsmoor.

*Mejor hoy que mañana* es un relato sobre la vida sudafricana *post apartheid* y, específicamente, la de esos camaradas pertenecientes al Congreso Nacional Africano (ANC) que lucharon en la clandestinidad, fueron encarcelados, dejaron sus sueños de niños para «ir a los campos de batalla en el monte y el desierto». En esos años en que la «reivindicación estaba por encima de abrirse camino»; esos que volvieron a una vida normal que nunca existió y ahora, se reúnen periódicamente para discutir sobre la corrupción, la pobreza, las conquistas de igualdad sexual y racial, las profundas inequidades de un sistema educativo que no permite a los negros avanzar; la xenofobia, sí, la xenofobia naciente en los excluidos de ayer contra esos inmigrantes que llegan a la nueva Sudáfrica. Mientras participan en esas tertulias, los antiguos «luchadores por la libertad» dejan ver su aburguesamiento, los privilegios de los que disfrutaban y que ayer condenaban, justificándolos ahora en términos de una ruptura con «la ortodoxia de los principios de los camaradas»; de igual manera, muestran sus sueños rotos y ansias insatisfechas, porque «solo hay una época, la misma, para los principios por los que te riges». De eso y más va esta narración, cuyo argumento se centra en las relaciones de un matrimonio interracial conformado por dos ex miembros de la resistencia que, casados pese a la prohibición del momento, al combatir contra el orden opresivo conocieron la prisión y la tortura: ella, Jabulile –Jabu– Gumede, de la etnia zulú, metodista; él, Steve Reed, blanco de madre judía y padre cristiano, ninguno de ellos practicantes de los ritos religiosos familiares.

Jabu, nacida en un asentamiento para negros en la afueras de una ciudad minera, representa el quiebre con lo que se esperaba de las mujeres de su clase. Por una parte, rompe con la idea de «llevar una vida de mujer con un hombre en la cama, cuidar los niños, la cocina y participar en las actividades de la comuna familiar»; y, por la otra, con la tradición de prioridad en la educación por parte de los hombres sobre las mujeres. Es su padre –un maestro conservador de las tradiciones– quien la envía a la escuela y más tarde a la universidad en Suazilandia, a sabiendas de que «vivirá en un ambiente distinto, de aceptación y apoyo a la lucha revolucionaria». Jabu se convertirá en maestra –a la par que conocerá la prisión– y más tarde, ya en democracia, en abogada. Steve es un químico que ayer preparaba cocteles molotov para atentar contra el régimen, luego, deviene en químico

<sup>2</sup> Camus, Albert. Discurso de aceptación del premio Nobel de literatura. Véase en: <https://www.ersilias.com/discursos-de-albert-camus-aceptando-el-premio-nobel-de-literatura-del-año-1957-pronunciado-en-estocolmo-el-10-de-diciembre-de-1957>.

industrial y, finalmente, en docente universitario. Un africano que no podía comunicarse en ninguna lengua africana y que, como reflexiona Jabu, —teniendo como referencia a Gandhi— utiliza el idioma del opresor para hablarle a los oprimidos sobre su libertad. Consciente de esa limitante, decide aprender *isizulú*, el del clan de su esposa, para comunicarse con sus hijos y sus estudiantes universitarios.

Gordimer va delineando y diseccionando a sus personajes principales y secundarios en términos de una identidad construida a partir de las actividades realizadas, el trabajo desempeñado, las habilidades que tienen, los intereses compartidos, el medio del que provienen y al que se integran y le integran, e incluso de aquello por lo que se lucha. Este es un asunto que se teme discutir, independientemente de que la Constitución garantice la libertad, la libertad de ser lo que se quiera, aunque esta venga condicionada por esa identidad. Estos ex combatientes y, alguna vez, revolucionarios, descubren que «las diferencias de clase pueden imponerse al color al margen de lo que se haga con la libertad», porque esas desigualdades, surgidas de la región de la que provienen, de la educación que reciben e incluso, del vocabulario que manejan, serán determinantes a la hora de contabilizar las oportunidades que tengan para hacer real esa libertad. En este sentido, destaca el tributo expreso que rinde la autora a las ideas de Amartya Sen sobre este tema y que se encuentran principalmente en su libro: *Identidad y violencia*.<sup>3</sup>

Con esta novela, Gordimer nos aporta elementos que en la distancia nos permiten adentrarnos en esa vida y sociedad sudafricana con grandes deudas de justicia social y libertad, pero también con un modelo de desarrollo que necesitó de acuerdos para, sin quedarse anclado en el pasado, en la venganza y el ajuste de cuentas, mirar hacia el futuro, desde la realidad actual. El título mismo de esta novela es un exhorto expreso para no postergar la construcción de los sueños —propios o colectivos— frente a un mañana que podría no llegar. Se trata de una invitación a la acción reflexiva, inmediata, de un llamado a no dejar pasar las oportunidades para mejorar, estudiar y hacer del mundo un lugar mejor.

A todo lo largo de su relato la autora no da tregua a las cavilaciones. Por momentos se limita a exponer lo que sucede, dejando al lector el juicio; en otros, señala, cuestiona sin ambages las políticas públicas diseñadas y ejecutadas por los gobiernos *post apartheid* de Mandela, Mbeki y Zuma. Madiba es una presencia constante en las páginas de esta novela, se reconoce su esfuerzo y dedicación al asumir el «caos dejado por el régimen anterior», la «fragmentación del país», la «resaca» que quedó después de la batalla por la libertad y que requeriría, entre otras decisiones, la reinserción de los *impimpis*. Esos «traidores negros» que habían sido parte de los ejércitos del *apartheid* y a los que se les otorgaría

<sup>3</sup> Sen, Amartya. *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Katz editores, 2007.

licencia de armas, no ya para usarlas contra los negros, sino para defender la propiedad privada de aquellos y de los blancos. Se pasea igualmente por los guetos, las ubicaciones y los *batustanes*, esas reservas para negros de las que, ante el rezago en el que se encontraba ese «pueblo», se pedía un desarrollo separado; no escatimando la crítica contra una «liberación que no ha cambiado el último recurso de las mujeres: el negocio de cobrar la entrada a sus cuerpos para sobrevivir».

De Thabo Mbekil, sucesor de Mandela en el gobierno, reconoce la erudición expresada en discursos con citas de la poesía de Yeats, mientras los blancos continuaban dominando la economía y sacando provecho en la bolsa, en tanto que los negros, «siguen poniendo los huevos de oro», sin posibilidad de llegar a pertenecer a los consejos de dirección de las empresas y, menos aún, a ser sus propietarios; desnuda las deficientes políticas de salud, a cargo de una ministra que trivializaba la gravedad del Sida y recetaba papas africanas, ajo y aceite de oliva como remedio. Zuma, con su lugar en la historia como líder de la ANC y compañero de Mandela en la Isla de Robben, es cuestionado sin artilugios por sus vínculos con graves hechos de corrupción y por la acusación que se le hiciera por el delito de violación. Vituperable hecho del que es exculpado gracias a un argumento machista en contra de las mujeres y que no limitaría para nada su candidatura y posterior elección como presidente de la República.

Gordimer no economiza ardor al presentarnos el estado de la educación y enfatiza en el rol de las universidades sudafricanas para consolidar el modelo de desarrollo impuesto primero por los gobiernos segregacionistas y más tarde por sus sucesores. Asistimos al complicado trasiego de unas universidades perpetuadoras de ventajas exclusivas para unos —los blancos—, a otras que debían responder a la política de «Empoderamiento de los negros», cuyas ambiciones les inclinaban más «al lado capitalista de la economía mixta del país» y menos hacia las ciencias. En esos espacios convergen blancos y negros en condiciones de igualdad normativa; convencidos los segundos de tener derecho al conocimiento garantizado en la Constitución, aunque lastrados por las grandes dificultades que presentan para escribir sus nombres o por un limitado vocabulario que apenas les permite expresar sus pensamientos, debido a su deficiente escolarización. Las probabilidades de mantenerse en el sistema y egresar son pocas, el riesgo de exclusión, muy alto, carecen —y la autora vuelve a Sen— de «capacidades» suficientes para salvar esa brecha social. En ese contexto, la Universidad se convierte en un «empezar con lo que hay», frase que se refiere no solo a los estudiantes sino también a sus docentes. A esos camaradas provenientes de la izquierda, formados ayer en la inmediatez de la lucha, las armas y las cárceles, pero cuya preparación intelectual en el campo de las ciencias, la tecnología y las humanidades resulta insuficiente y desactualizada. Una situación que les obliga a trabajar en conjunto con la «vieja guardia», la que puebla los centros de estudios y posee el «conocimiento general,

amplio, mundano y sofisticado» que la hace irremplazable. Retos estos que interpelan en términos dicotómicos ¿se permite el avance del conocimiento o su descenso?

*Mejor hoy que mañana* es también un ejemplo de como la literatura, con sus metáforas, recursos estilísticos y literarios, desnuda realidades y enfrenta al lector con lo que ocurre, incitándole a reflexionar de manera crítica, exigiéndole una postura frente a las desigualdades, inequidades sociales y abusos del poder. Se trata de una novela que parafraseando a Vargas Llosa permite decir cosas que de otra manera no se pudieran decir. Gordimer combina la crítica social y política frente a ese periodo que va desde las postrimerías del siglo XX hasta la primera década del XXI; muestra las deudas pendientes de pago de la era post segregacionista de Sudáfrica y, al mismo tiempo, convierte su novela en un canto a la esperanza, que dimana de la riqueza que trae la libertad, para realizar los sueños que tenemos por un mundo y una vida mejor. Lanza una invitación a un accionar diferente y comprometido en el presente, con los derechos de las personas, especialmente de la población negra de su país; también es un llamado a la perseverancia para conseguir su reconocimiento, garantía y efectividad. Se trata de una obra llena de frases que apremian la conciencia, de las que vale la pena dejar una como corolario: «uno se resigna si está acostumbrado a tenerlo todo. Si ha sido blanco».